

...Consumada la conquista, había que poner las bases de la nueva organización, y para ello era menester intentar una obra mucho más compleja y difícil: la de incorporar los pueblos aborígenes a la civilización hispánica; la de crear ahí mismo la civilización.

Implicaba semejante tarea un fin primordial: la conversión de los indios al dogma y a la moral cristiana; y fué en sus principios, por su naturaleza misma, de carácter esencialmente religioso. Pero el acto de convertir traía, necesariamente, aparejado el de conocer y el de enseñar. Había que entrar en íntima relación con los naturales, familiarizarse con su lengua, costumbres y carácter, investigar su historia y tradiciones, ahondar, en suma, en su espíritu, y a medida que esto se realizaba, crear en ellos sentimientos e ideas que los identificase con las nuevas formas de civilización que habían penetrado en el Nuevo Mundo.

Tal obra fué la que acometieron los misioneros. Obra en verdad gigantesca, si se atiende, por una parte, al triple aspecto que ofrecía, o sea el de la investigación, evangelización y enseñanza, y por la otra, a la dificultad extrema de llevarla a cabo entre gente de diversas lenguas, lacerada por la rudeza de la conquista, y, en fin, al exiguo número de hombres que la iniciaron frente a frente de los millones de indios a quienes había que impartir educación intelectual, moral y religiosa. Fué esta labor la que emprendieron los misioneros.

Su acción no sólo fué religiosa, sino eminentemente social; se resolvió a menudo en protección y amparo para los naturales. En las ciudades, junto a los templos fundaron escuelas, donde a la vez que difundían las primeras letras, inculcaban a los indios nociones estéticas y los iniciaban en las artes industriales.

«Fueron dichas escuelas—dice Carlos González Peña en su *Historia de la Literatura mejicana*—los primitivos focos de donde irradió la civilización en la Nueva España; no ya por las actividades que en ellas emprendieron los escolares, sino, principalmente, por las que ahí desarrollaron los maestros puede considerárselas como la cuna de la cultura mejicana.»

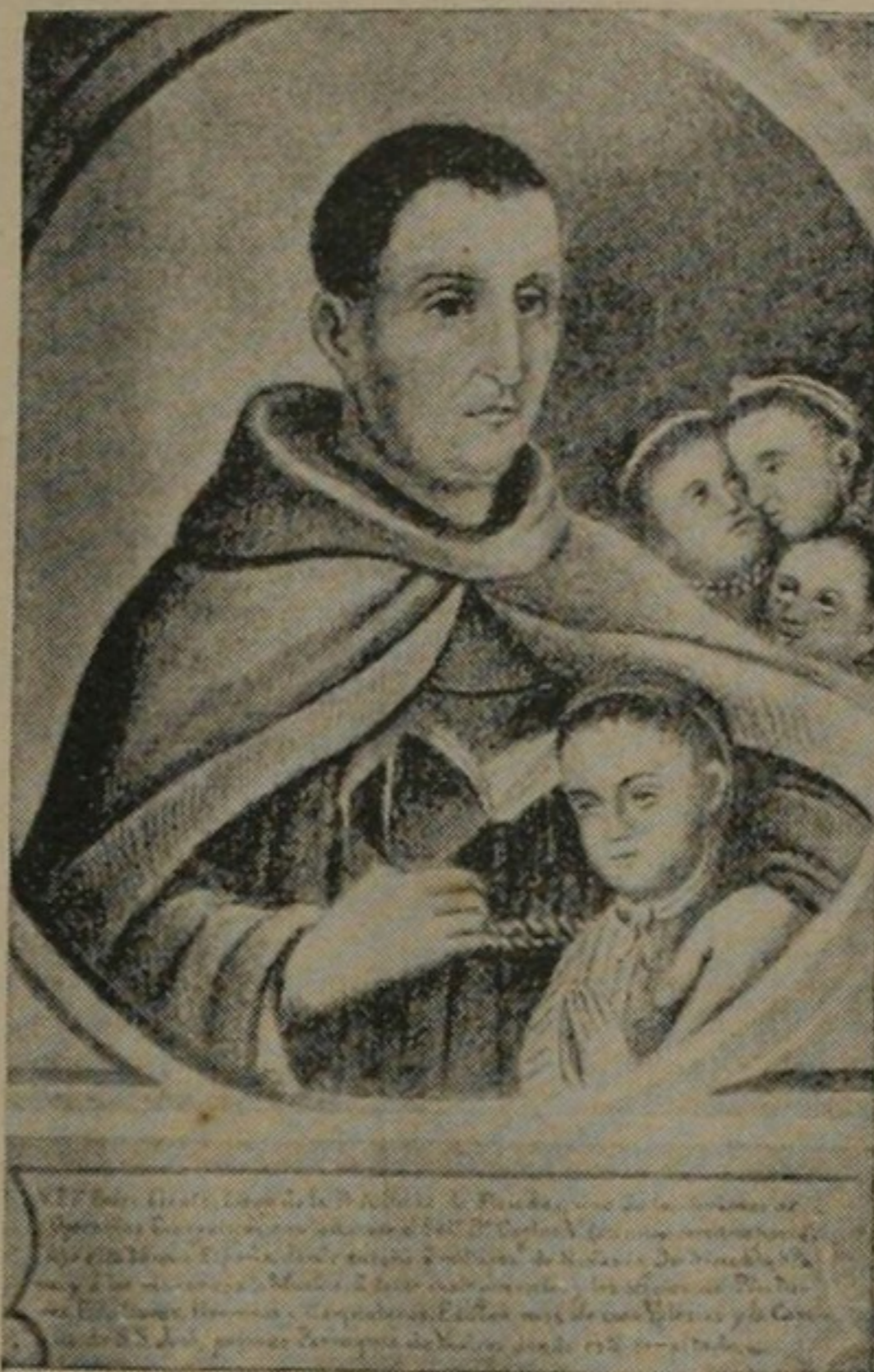
Al saberse en Europa la multitud de pueblos que en el Nuevo Mundo necesitaban de la civilización cristiana, moviéronse los ánimos de los más distinguidos franciscanos, para emprender camino a Nueva España, y trabajar en la conversión de los indios.

Fueron los primeros en solicitar su paso a las Indias fray Francisco de los Angeles y fray Juan Galpion, flamenco de origen, confesor de Carlos V. León X, por una bula despachada en Roma en Abril de 1521, les concedió el permiso, dándoles grandes facultades. Desgraciadamente, ninguno de los dos pudo realizar su deseo; fray Juan Galpion, por haber sido instituido Comisario general de su Orden, y fray Francisco de los Angeles, por haber muerto en Valladolid. Por este tiempo moría también el Papa León X, todo lo cual retrasó la catequización de los indios.

En 1522 recibió Carlos V una carta

La obra de los misioneros

=Fragmento del estudio *La canción mexicana*, Véase *Revista de las Españas*, Madrid. Entrega de abril, 1930.=



Fray Pedro de Gante

Loor a Pedro de Gante

(Para Luz Rondero de Mariscal)

*Un hombre que va de prisa,
a Veracruz ha llegado,
la mirada entre los ópalos
y la voz entre los nardos,
y, por aérea y airosa,
su figura como un pájaro
de los que andan apenas
sobre el códice, descalzos...
El hombre trae un mensaje
y lo va a decir cantando,
y si todo lo hace aprisa
es porque viene despacio
a enseñar al que no sabe,
a dar al pobre un trabajo
y al rico a pedirle piedras
para seguir levantando
edificios que tendrían
esplendor alegre y claro.
Es sencillo su equipaje:
listas a servir dos manos,
y dos pies que, para andar,
no conocen el cansancio,
y un gran anhelo de paz
en una tierra con pánico.
Los pobres indios lo ven
como si tuviese algo
que nadie antes tuviera,
porque con sólo mirarlo
olvidan lo que han sufrido
y se les irisa el llanto...*

*México-Tenochtitlán,
muy buenos días te ha dado
Pedro de Gante que llega
a visitar tu mercado
en que tantas cosas hay
que parecen de milagro
por el precio y el color,*

Pasa a la pag. 15)

de Hernán Cortés en la que le anunciaba la toma de la ciudad de Méjico, y los procuradores del Conquistador le hicieron presente la necesidad que había de religiosos en las tierras conquistadas.

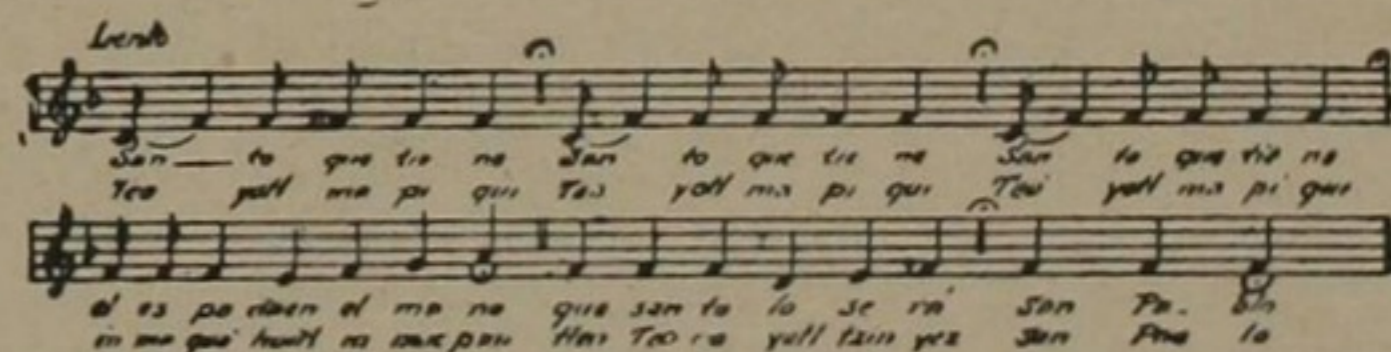
En vista de ello, suplicó el Emperador al Papa Adriano VI que proveyese aquellas tierras de religiosos dignos e ilustrados.

El Papa dió amplias facultades al Emperador en lo relativo al viaje de religiosos a las Indias, y en virtud de ellas envió a fray Juan de Tecto, fray Juan de Ahora y a fray Pedro de Gante, que era primo suyo, los cuales llegaron a Nueva España en 1522, ocupándose inmediatamente en predicar el Evangelio, pero sin hacer grandes progresos, por estar aquellas tierras muy revueltas y no conocer el idioma.

Dedicáronse el Padre Tecto y sus compañeros al estudio de las lenguas y fundaron en Texcoco las primeras escuelas que hubo en Nueva España, en donde según nos cuenta el Padre Mendieta, en su *Historia Eclesiástica Indiana*, «con gran paciencia y dificultades enseñaban a leer, a escribir, a cantar, a tañer algunos instrumentos musicales, y la doctrina cristiana a los hijos de muchos caciques y principales.»

En estas escuelas se llegaban a reunir hasta mil niños, y ahí fué en donde las voces de los indios por primera vez se unían a las voces de los españoles en aquella enseñanza única, pintoresca y patriarcal, en la que los conquistados recibían la noción de las entonaciones musicales europeas al mismo tiempo que las nociones de la doctrina cristiana.

La tradición ha guardado piadosamente una de esas nociones que nos revela el método del venerable franciscano para trasmitirla con el menor esfuerzo intelectual.



Noción de canto de Fray Pedro de Gante.

Se presume que fray Pedro de Gante había hecho pintar las imágenes de los apóstoles con sus atributos gráficos. La razón por la cual masculinizaba el instructor los sustantivos «espada y mano,» es porque observaron los misioneros esa tendencia a masculinizar todos los nombre en los aztecas, cuya gramática no tiene sino la partícula *in*, que sirve de artículo para designar todo género y número, así como anteponer al verbo el artículo neutro, particularidad que aun hoy se observa en los indios, cuyo idioma materno es el nahua, y que hablan el español como idioma oficial.

Esta lección inicial quedó tan fuertemente infundida en el árbol de la raza, que cuatrocientos años más tarde aún está viva. Como ejemplo, tenemos cierto responso humorístico y fúnebre que cantan, especialmente, los niños el día de Difuntos.